

la figura del papa y su influjo sobre las masas

Para saber en nuestro mundo qué temas son de interés general, el camino más sencillo consiste en asomarse a los medios de comunicación de masas. Las noticias que allí encuentren eco tienen indudablemente una fuerte dosis de impacto sobre el gran público, por la sencilla razón de que dichos medios viven del dinero de sus lectores y estudian periódicamente lo que para ellos es noticia, con vistas a no perder el contacto con quienes los financian. Y hojeando la prensa de gran número de países, salta a la vista que la figura del papa (sea éste Juan XXIII, Pablo VI o Juan Pablo II) es noticia que se vende. No siempre se vende por las mismas razones, pero se vende porque a un gran número de lectores interesa lo que se relaciona con el jefe visible de la Iglesia Católica.

Otro dato que nos confirma el impacto que produce la figura del papa sobre las masas lo constituye la confección de las giras turísticas a Italia, en las que se incluye siempre una visita al Vaticano, o una audiencia con el santo padre. Tan evidente es esto, que gran parte de las divisas que entran en Italia por turismo hay que atribuirles sin lugar a dudas a que allí reside el papa. Y de hecho los peregrinos responden en número considerable, sin que los retraiga nunca del todo la carestía de la vida, o las dificultades del viaje. Y mientras para los fieles católicos el ver al papa puede ser considerado como una peregrinación, para quienes no profesan esa fe es casi una visita obligada en Roma, por formar parte de la historia y del tipismo de la ciudad.

En esta misma línea se sitúa la venta de objetos de recuerdo, considerados por unos como reliquias de un santo en vida, y por otros como simples trofeos demostrativos de una gira agradable. En torno a esta forma de enfocar la función papal hay montada una considerable industria de fabricación de tales recuerdos, y un activo comercio que rodea de forma ostensible la plaza

de San Pedro y adyacentes, para que los visitantes puedan adquirirlos sin mayores dificultades.

La demanda de ver al papa da la impresión de que sigue creciendo de año en año, y no es nada extraño verlo rodeado de multitudes allí donde se desplaza, recibido en triunfo por una multitud entusiasta y acosado por quienes quieren tocarlo o saludarlo personalmente. Hasta tal punto que hoy la figura del papa es la de un hombre público, que necesita contar con el concurso de las fuerzas del orden para ir a cualquier sitio, dado que su popularidad podría hacerlo objeto de un atentado por parte de cualquier perturbado mental que quisiera salir de su anonimato.

A nivel político internacional nunca ha tenido la Santa Sede tantas representaciones diplomáticas en el extranjero, ni tantos embajadores acreditados ante ella. A pesar de ser un estado minúsculo, que sólo puede ser considerado como tal por analogía, su peso de influencia moral ha hecho que numerosos gobiernos del mundo tengan positivo interés en mantener contacto estrecho con las opiniones y el modo de ver las cosas del jefe supremo de la Iglesia Católica. Esto explica que se rindan honores al papa como a jefe de un estado independiente, con la confusión que esta imagen puede traer para quienes lo consideren antes que nada como pastor de una comunidad de creyentes.

El prestigio moral de la institución pontificia no es nada desdeñable en nuestro mundo; por ello Pablo VI y Juan Pablo II han sido invitados a sendas alocuciones ante la asamblea general de las Naciones Unidas, el auditorio más universal que tiene nuestra sociedad para el intercambio de puntos de vista. Y la fuerza interior, dentro de la propia Iglesia Católica, hace que ante los fieles no haya punto de comparación posible entre la opinión de un obispo, o de varios de ellos en común, frente a la del papa en persona, hasta el extremo de que para gran número de católicos, serlo equivale sin más a estar siempre de acuerdo con todo lo que piensa el papa, incluso cuando éste no pretende imponer su opinión como norma de fe o de costumbres.

Arranque histórico de la situación actual

Históricamente este fenómeno de concentración de funciones en la persona del papa, y el oscurecimiento paralelo de la figura del obispo tienen su explicación por multitud de circunstancias. En el último tercio del siglo XI, Gregorio VII se encuentra con que la Iglesia de Occidente, a nivel de parroquias y de diócesis, más que gobernada por los párrocos o los obispos lo está por los señores feudales, que dotan los templos e imponen sus propios sacerdotes para que los atiendan, creando tal dependencia del ministerio sacerdotal

respecto al poder civil, que el papa se ve obligado a intervenir. Su modo de proceder no es compartido por todos sus contemporáneos, pero la verdad es que consigue que el clero latino vaya girando en torno a la reforma que se impulsa desde Roma. El papa llega a deponer a obispos, considerándose con poder para ello en virtud de su autoridad como sucesor de Pedro⁽¹⁾.

El fortalecimiento de la figura papal es indudable en los siglos posteriores, hasta que la crisis del Cisma de Occidente (1378-1417) quebranta la autoridad pontificia, desplazándose la esperanza de un remedio en la Iglesia hacia el concilio universal, dado que ni papas ni cardenales eran capaces de ponerse de acuerdo para buscar una salida a la situación creada por ellos mismos. No obstante, la solución del cisma con la vuelta a la única obediencia bajo un solo pontífice, hace que el pueblo cristiano se agrupe en torno a él, y el peligro de merma de su autoridad sólo le puede venir ahora de los obispos y cardenales que han intervenido en el concilio de Constanza y que creen que el gobierno excesivamente autoritario de los papas había provocado la división entre los cardenales hasta extremos que nadie hubiera podido prever con antelación.

De esta forma los siglos XV y XVI son un continuo forcejeo entre el papa y los obispos. El papa intenta afianzar cada vez más y sin duda alguna su poder absoluto, hasta el punto de que considera que los obispos lo son por delegación de su autoridad más que por la virtud intrínseca del sacramento recibido. Los obispos buscan su identidad, intentando que se les reconozcan sus derechos y obligaciones, nacidas de su ordenación (entonces todavía se decía «consagración») episcopal, que los faculta para intervenir en el gobierno universal de la Iglesia, junto al papa y en comunión con él, pero no como meros mandatarios de la autoridad pontificia.

Esta tensión se hizo patente particularmente en el Concilio de Trento, en donde se dividieron las opiniones entre los mismos obispos hasta el punto de que el papa cortó las discusiones y se reservó el tema, para que se pudiera seguir adelante con la obra del concilio. En realidad, de haber admitido la discusión sobre el origen de la autoridad de los obispos en la Iglesia en este momento, podría haber dado pie al resurgimiento del conciliarismo, que tantos quebraderos de cabeza produjo a los papas a raíz del Cisma de Occidente⁽²⁾.

A partir de Trento, y sin solucionar los problemas planteados entre las atribuciones del papa y las de los obispos, de hecho el papa sigue gobernando

(1) H. JEDIN, Manual de Historia de la Iglesia, T. III: De la Iglesia de la primitiva Edad Media a la Reforma Gregoriana, pg. 568 y ss.

(2) H. JEDIN, Manual de Historia de la Iglesia, T. V: Reforma, Reforma Católica y Contrarreforma, pg. 673-674.

la Iglesia no sólo como el obispo de Roma, sino como el jefe supremo de la comunidad cristiana, con relaciones tanto más directas con los fieles cuanto menos poder de decisión les quedaba a los obispos en sus propias diócesis. En realidad la mayoría de los asuntos importantes de la cristiandad se solucionaban en Roma, y no en los lugares de procedencia de los acontecimientos. Y esto hacía que los obispos que deseaban tener un mayor peso específico en la gestión de los asuntos de su diócesis acabaran incorporándose a mentalidades de tipo galicano o regalista, o fueran acusados de alguna de dichas tendencias por el hecho de desear tener mayor capacidad de intervención en el gobierno de su clero y de sus feligreses. De esta forma los obispos que piensan de modo diferente a lo que reciben de Roma, se apoyan, para resistir al influjo de la Curia Romana, en leyes o derechos (reales o supuestos) del propio país, que serían irreformables ni siquiera por decisión papal, ya que serían prerrogativas inalienables de las comunidades residentes en él. Esta situación de desacuerdo larvado y más o menos diplomático se prolonga durante los siglos XVII, XVIII y primera mitad del XIX.

La atracción de Roma desde mediados del s. XIX:

El centralismo romano se intensifica a raíz del Vaticano I, con su definición de la infalibilidad pontificia «por sí mismo, no por el consentimiento de la Iglesia». Coincide con la definición de la infalibilidad la caída de los Estados Pontificios en manos del nuevo reino de Italia, y este hecho político, que se consideró a priori como favorecedor de la descentralización del gobierno de la Iglesia, produjo precisamente el efecto contrario.

Desde los tiempos de Gregorio XVI habían empezado a producirse movimientos de masas de todo el mundo católico que, siguiendo el movimiento ultramontano, veían en el papa la salvaguardia última de todos los valores morales de la sociedad cristiana, e incluso de la sociedad a secas. En este momento el episcopado ya prácticamente carece de relieve a los ojos de los fieles, y la popularidad del sucesor de Pedro crece a medida que el ambiente público parece alejarse cada día más de los ideales cristianos.

Con Pío IX este movimiento de veneración hacia su persona es perfectamente constatable, y los comienzos de su gestión se ven rodeados de una popularidad sin antecedentes en el gobierno de sus predecesores. Todavía en este primer momento ayudan a engrandecer su figura los italianos partidarios de la unificación del país, pero bajo el gobierno pontificio. Los deseos de unidad nacional, sin que esta unidad atentara contra sus convicciones religiosas, hicieron que muchos católicos italianos vieran en Pío IX actitudes liberalizantes que no eran sino aparentes cualidades personales de trato con las masas, malinterpretadas por éstas, hasta que el papa tuvo

que decidir en asuntos más graves y quedó patente la escisión entre ambos modos de concebir la vida política y religiosa.

El resultado de la caída de los Estados Pontificios en manos del gobierno italiano fue un movimiento de veneración hacia el papa, víctima de la usurpación de su territorio en circunstancias polémicas, pues el gobierno italiano intentó a raíz de la toma de la ciudad de Roma aislarlo diplomáticamente, con vistas a impedir ningún tipo de apoyo internacional a sus reivindicaciones territoriales⁽³⁾.

A partir de León XIII, el papa y las congregaciones de la Curia Romana llevan el peso de todos los asuntos de la Iglesia Católica. Esta centralización es la mayor que se ha dado nunca, ni siquiera en la Edad Media. Y el papado, que no había provocado el movimiento de exaltación de su función a los niveles que se habían alcanzado a finales del siglo XIX, asumió a partir de este momento la corriente de popularidad entre los fieles que le serviría de apoyo para intervenir cada vez más directamente en todo. El control vaticano alcanzó su punto álgico con san Pío X. Durante este pontificado se acentuó el contacto directo del papa con los obispos, que debían dar cuenta minuciosa de lo que sucedía en sus diócesis, para que el papa decidiera lo que había que hacer en los casos dudosos, y esa sumisión al papa no se entendía solamente respecto a su persona concreta, sino respecto a las congregaciones de la Curia Romana, que junto con el pontífice constituían la Santa Sede, según definición del nuevo Código de Derecho Canónico publicado en su tiempo.⁽⁴⁾ Con esta forma de enfocar las cosas, fueron cada día más los que en este momento identificaron la Iglesia y sus intereses con los de la Santa Sede.

La crisis modernista acentuó en Pío X el deseo de controlar en la medida de lo posible todo el abanico de opiniones que podía darse en las facultades de teología, someténdolas a un auténtico espionaje que dió como resultado el dar de baja en la docencia a numerosos profesores que no compartían los puntos de vista oficiales de la Curia Romana o del mismo papa. La tensión que esto generó entre los mismos cardenales fue enorme, conscientes de que por este camino se iba a un divorcio seguro entre la realidad del mundo en que se vivía y las directrices pontificias, cada vez más extrañas a la problemática de su tiempo. Los aislados de la Santa Sede en el mantenimiento de este tipo de ortodoxia se denominaron a sí mismos «católicos integristas», y se entregaron a una campaña sistemática de denuncias que hallaron bastante eco en las esferas curiales.⁽⁵⁾

El sucesor de Pío X, Benedicto XV estuvo muy ocupado por los intentos de detener la Primera Guerra Mundial con intervenciones en favor de una solución

(3) R. AUBERT, Nueva Historia de la Iglesia, tomo V; pg. 75-76.

(4) R. AUBERT, Nueva Historia de la Iglesia, tomo V, pg. 76-77.

(5) Cf. R. POULAT, *Intégrisme et catholicisme intégral*. Paris 1969.

negociada, pero todavía le quedó tiempo para desaprobare los excesos del integrismo católico que pretendía hacer irreconciliable el mundo moderno con el mensaje cristiano. Con Pío XI se vuelve en cierto modo al viejo ideal teocrático, de gobernar el mundo imponiendo a los hombres los principios de la fe, y por ello la Acción Católica, obra predilecta suya para la participación de los laicos en el apostolado de la Iglesia nacerá ligada fuertemente a la jerarquía, con el mejor espíritu centralista de los tiempos de Pío X. En este sentido del centralismo romano y del entendimiento con los gobiernos para imponer a la sociedad normas de vida cristiana por medio de las leyes del país, se explican los concordatos firmados con Italia y Alemania.

Pío XII, de una cultura fuera de lo corriente, y sensible a los problemas de la vida moderna, inicia un acercamiento al mundo real de los hombres de hoy, sólo que desde presupuestos un tanto «ilustrados» (en el sentido que se daba a esta palabra en el siglo XVIII). El papa saca del fondo de su saber, de su información o de su experiencia una serie de intervenciones tendentes a iluminar infinidad de problemas que se pueden presentar a los católicos en la vida diaria, pero lo hace desde un punto de vista jerárquico, que no busca enriquecerse y completarse con las opiniones de sus fieles, sino «instruirlos» sobre la forma moderna de vivir su fe. Con Pío XII se dan pasos de gigante hacia el reconocimiento de los valores de la cultura de nuestros días, pero siempre dentro del más estricto estilo curial, acentuado a raíz de la muerte prematura del secretario de estado, Magliione, pues desde entonces Pío XII gobernó totalmente solo la Iglesia, aislándose progresivamente de determinados aspectos de la realidad que no podían ser eliminados y que tampoco eran atendidos. Con Pío XII llegó el papado al culmen de su sublimación a los ojos de los fieles. Las peregrinaciones fueron más numerosas que nunca hasta entonces sus dotes personales fueron exageradas hasta el límite de lo creible, y la dependencia de su persona como hombre de valía indiscutible vino a ser tan grande, que a su muerte ese sentimiento de consternación que siempre se expresa en la muerte de un papa, era una realidad que podía palpase en cualquier rincón del mundo católico. La impresión entre los fieles era de que se había tocado un techo inalcanzable, y que a partir de entonces el futuro de la Iglesia se presentaba mucho más oscuro que en el pasado.

Y llegó Juan XXIII, a quien muchos consideraron un papa puente, que permitiera al cardenal Montini madurar lo justo antes de ser elegido papa, y con él el movimiento de masas alrededor de la persona pontificia no sólo no decayó, sino que se confirmó como una realidad adquirida de nuestro tiempo, con la que habrá que contar, no sabemos hasta cuándo. El papa Juan encarnó la figura del papa bueno, único terreno en que podía competir con la preparación magnífica de su predecesor. Con él el papa no sólo no es ya el prisionero del Vaticano (no lo era ya desde el concordato de 1929 entre Pío XI y Mussolini) sino que sale de su residencia oficial, aunque todavía en contadas ocasiones. Juan XXIII se

embarcó en la convocatoria de un concilio ecuménico, cuatrocientos años después de Trento, último concilio que pudo elaborar una doctrina bastante completa acerca de los aspectos más candentes de la vida católica de entonces, y casi un siglo después del Vaticano I, que con su definición de la infalibilidad pontificia parecía haber quitado a los concilios ecuménicos su aureola de indispensables, puesto que ya no hacía falta que fueran convocados para declarar por boca del papa una doctrina como infalible. El Vaticano II trajo consigo una verdadera revolución en las ciencias eclesiásticas y reconoció explícitamente que los obispos tienen responsabilidad en el gobierno de la Iglesia universal por su ordenación episcopal (el paso de «consagración» episcopal a «ordenación» es fruto del concilio).

Con Pablo VI se empezó una descentralización de algunos poderes reservados a la Santa Sede, en cumplimiento de los decretos del concilio, se potenciaron las conferencias episcopales nacionales, y se reunió periódicamente en Roma el Sínodo de los obispos, aunque sólo con carácter consultivo. Todo esto no ha hecho que la figura del papa se haya despegado de las masas, que siguen acudiendo a Roma como en los mejores tiempos del ultramontanismo.

A Pablo VI lo sucedió Juan Pablo I, que fue acogido por los fieles con las más vivas muestras de simpatía, pero que sólo vivió unos cuantos días tras su elección dejando tras sí la incógnita del camino que hubiera seguido en la dirección de los asuntos de la Iglesia. Su sucesor Juan Pablo II, polaco, ha roto la tradición de papas italianos que ha durado cuatro siglos y medio, desde la muerte de Adriano VI en 1523. Con él los movimientos de masas están llegando a límites impensados. Las audiencias pontificias se celebran ahora habitualmente en la plaza de San Pedro, en lugar de hacerlo en el aula Nervi, para satisfacer la demanda cada día mayor de peregrinos que quieren tener un contacto directo con el papa. Los viajes que ha realizado, más numerosos proporcionalmente que los de sus predecesores, por el tiempo que lleva al frente de la Iglesia, han arrasado tras sí a las masas con un entusiasmo renovado respecto a lo que sucedía en anteriores pontificados. La gente parece percibir en él un humanismo que atrae, un inconformismo con los protocolos que agrada, aunque sus declaraciones se parezcan más a las de Pío X que a las de Juan XXIII, o a las de Pablo VI, mucho más cercano en el tiempo.

Valoración del fenómeno

De todo lo anterior se deduce que, a pesar de la centralización progresiva del poder en manos del papa a partir del siglo XI, el fenómeno de la atracción que ejerce su figura sobre las masas es muy reciente, y arranca desde mediados del siglo pasado. Esta atracción se ha hecho tradicional, y hoy por hoy es muy difícil

pensar en un alejamiento de las masas respecto al atractivo que tiene para ellas la persona del sucesor de Pedro.

No se puede negar que todo este asunto tiene mucho de equívoco, pues analizando los elementos que lo componen no se sabe a ciencia cierta qué buscan esas masas cuando aclaman al papa como a un héroe. Sin duda en ellas hay personas que veneran al Vicario de Cristo, precisamente por lo que Cristo significa para los que creen en El, pero hay otras muchas personas que lo veneran como a un ídolo de masas, ídolo que puede tener bastante de amuleto de la sociedad y de los problemas que se ciernen sobre nuestra época. Este mismo enfoque de lo que el papa significa puede degenerar en un antiídolo para quienes piensan que es funesto por lo que representa, lo que explicaría el atentado de que fue objeto Pablo VI en Filipinas, en su visita a aquel país.

Todo este movimiento alrededor de una persona puede tener el efecto positivo de atraer la atención sobre la persona de Cristo, como eje de la vida de los creyentes, pero también puede oscurecer lo que significa para ellos por el apego demasiado material a la persona de su representante. No cabe duda de que un papa de prestigio, o de altas calidades cristianas, puede mover con su ejemplo a la conversión, pero no es menos cierto que la dependencia de las grandes figuras de nuestra sociedad es tan grande, que si en algún momento el papa defraudara a sus seguidores éstos podrían a su vez separarse de Cristo, ya que muchos de ellos creen en El porque «les convence» la forma de ser del papa, pero de igual modo podrían dejar de creer el día en que no estuvieran conformes con su línea de conducta.

Juan Pablo II parece consciente del peligro que esto supone, ya que en determinados momentos de sus contactos multitudinarios, cuando las masas lo han aclamado gritando «Juan Pablo, Juan Pablo», él ha respondido diciendo «Jesucristo, Jesucristo», llevando así el punto de referencia adonde debe encontrarse, sin sujeción excesiva a la persona concreta que en estos momentos lo representa como Vicario. El personalismo no controlado de la figura papal puede ser bastante contraproducente, situando una relación de fe al nivel de los «hinchas» de un cantante o de un equipo de fútbol. Es algo de lo que sucede en la celebración de la Semana Santa en Andalucía, en la que hay cofrades que llegan a enfrentarse con otros de diferente cofradía, porque su «virgen» es más guapa, o más popular, o más lo que sea.

La exageración mayor en todo este modo de enfocar las cosas se dió en el tradicionalismo del siglo XIX, que desconfiaba de la posibilidad de la razón humana, para basarlo todo en la tradición de la Iglesia, hasta extremos como el de afirmar que «sin papa no era posible la existencia de la sociedad». Viendo las cosas así, el papa se convertiría en una especie de ídolo intocable, que podría hacer sombra a Dios entre los fieles. Gregorio XVI comprendió lo exagerado de esta

concepción y desautorizó al tradicionalismo en sus presupuestos ideológicos. Pero lo mismo que a la condenación del jansenismo siguió toda una moda espiritual jansenizante en la Iglesia latina, podría muy bien darse una sublimación exagerada de la función papal en la Iglesia, precisamente a partir de Pío IX, sucesor de Gregorio XVI, llevando a la práctica modos de pensar que han sido condenados en la teoría, y fomentados por grupos o personas a quienes interesa que esto siga así.

Por ello sería de desear que los organismos eclesiásticos y las personas implicadas en todo este fenómeno de masas en torno al papa cayeran en la cuenta de los grandes inconvenientes que presenta y puede presentar el dejar que las cosas transcurran como desde hace un siglo, porque podría institucionalizarse una desvirtuación fundamental de nuestra fe en Cristo, asimilable para quienes tienen un conocimiento más profundo de estos problemas, pero menos digerible para el cristiano medio, que puede llegar a confundir al «siervo de los siervos de Dios», con una especie de talismán mágico para solucionar los asuntos personales o públicos de nuestro tiempo.

A. Navas

A punto de imprimir la revista nos llega la trágica noticia del asesinato del Arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar Romero. PROYECCION quiere unirse al testimonio de admiración y respeto por este nuevo mártir del Evangelio, y reafirmar su propósito de imitarlo en la defensa de los derechos del hombre en la sociedad y en la Iglesia. Vivir el cristianismo implica comprometerse en la lucha por la justicia. Descanse en paz el que ha ofrecido su vida por la causa del hombre y del Evangelio.